

ENTRE LOS INDIGENAS DEL CHIMBORAZO

F. JAVIER DUPLÁ, S. J.

Del 8 al 27 de julio de 1963, catorce seminaristas jesuitas estudiantes de Filosofía dedican parte de sus vacaciones viviendo de cerca los problemas de los indios campesinos del Chimborazo, provincia del Ecuador.

Nuestro objetivo era ese: conocer al campesino, sentir sus problemas, vivir su vida, aprender a quererle y a conocer sus valores. No era solucionarle nada porque no estamos capacitados para eso en tres semanas. El fruto, más que para nadie, era para nosotros mismos.

No somos los primeros en acercarnos al indio. Desde 1951 trabaja ya Misión Andina, que es una institución ideada para ayudar al indio a integrarse a la Nación, elevando su nivel económico y cultural. Por parte del Gobierno está financiada por el Ministerio de Previsión Social. También coopera la ONU por medio de sus organismos OIT, UNESCO y FAO.

Recientemente, Mons. Leonidas Proaño, Obispo de Riobamba, fundó una institución similar con fines netamente cristianos: formar líderes indígenas, fermento de sus comunidades en el plano económico, cultural y religioso.

NUESTRO TRABAJO

Trabajamos en colaboración con Misión Andina, que nos proporcionó alojamiento gratis por tres semanas y pagó los viajes. Mons. Proaño apoyó desde el principio la idea y puso a nuestra disposición el centro de Tepeyac, donde se forman los líderes.

Primero tuvimos un cursillo de adoctrinamiento durante tres días. Varios dirigentes de Misión Andina nos dieron orientaciones sobre su trabajo en el medio indígena. A través de sus charlas aprendimos cómo se debe organizar una comunidad campesina, de acuerdo con las leyes vigentes y con las aspiraciones de Misión Andina. Cómo educar a los niños indígenas en escuelas construidas por la misma comunidad. Cómo construir una vivienda que reúna mejores condiciones higiénicas que las que actualmente habitan. Escuchamos a los peritos agrónomos que pretenden introducir mejoras

en los cultivos: a los médicos rurales, a las trabajadoras sociales. Supimos cómo se organizan las primeras cooperativas, aun rudimentarias, en el actual estadio de educación del campesino, etc., etc.

Vino en seguida la etapa de contacto inmediato. Dos semanas de vida en las comunidades, mano a mano con el indio. Nos distribuimos en grupos pequeños, por parejas. Solamente en el centro de Guaslán, donde habíamos recibido la información, permanecimos seis. Ahí me tocó trabajar.

EN LAS COMUNIDADES

Alrededor del Centro de Guaslán hay varias comunidades que permanecen bastante al margen de la influencia de la Misión. Esto parece extraño, puesto que Misión Andina lleva trabajando en Guaslán cinco años. Pero el indio es un mundo misterioso, reactivo y desconfiado ante la influencia extraña. Vamos a ver esto más despacio.

Son muchos los factores que contribuyen a hacer del indio un ser huidizo y receloso. En primer lugar, la incultura. El campesino no acepta fácilmente el progreso que se le propone. Es muy tradicionalista. No ve más allá de los métodos ancestrales que siempre ha usado y visto usar. Y aunque parezca raro, no tiene ningún afán de progreso. Está contento con su tradicional modo de vivir, aunque para nosotros sea miserable. No se le ocurre procurar para sus hijos un mayor grado de cultura, un mejor standard de vida. De ahí lo reacios que son a enviar sus hijos a la escuela. ¿Para qué? Pierde tiempo; estaría mejor en la casa, ayudando a pastar el ganado o hilando. La escuela es una pérdida de tiempo. Cuesta mucho convencerles para que dejen aprender a sus hijos. En resumen, están contentos con lo que tienen y sacarles de su nivel de vida es complicarles la existencia, lanzarlos a muchos quebraderos de cabeza.

Hay que añadir a esto la secular explotación por parte del blanco. Hacendados, mayordomos, comerciantes, abogados, censadores, empleados de la Sanidad, maestros... ninguno viene sin interés comercial. Conocidos son los abusos de algunos hacendados. Hubo uno que castigó a un peón a comer sólo sal porque le había extraviado una cabeza de ganado; el indio murió. Otros exigen días de trabajo gratis por el insignificante beneficio de llevar a pastar el ganado en tierras baldías o por atravesar la hacienda por un camino. Un campesino que se resistió a estos abusos fue amenazado de muerte y finalmente tuvo que emigrar. Los sueldos que el campesino percibe son ordinariamente bajísimos. Cuando gana cinco sucres al día (0,25 centavos de dólar, 1 bolívar, 15 pesetas) se puede considerar muy afortunado. No son raros los salarios de 2 sucres, uno o incluso nada. Lo único que les dan es el huasipungo, un pedacito de tierra pobre que apenas produce para alimentar a la familia durante dos o tres meses.

No hay que echar toda la culpa a los hacendados. Muchas veces son los mayordomos quienes los explotan. Y eso que el mayordomo es corrientemente un peón salido de entre ellos y que logró ascender. Los comerciantes que les compran la zanahoria o la papa a precios irrisorios, los abogados que les cobran sumas enormes por pleitos sin solución... Temen a la ciudad los indios, y con razón. Vi el caso de un abogado que defendía a las dos partes opuestas simultáneamente; así

daba largas al asunto y se llenaba de dinero. También los censadores han abusado de su oficio. Les han exigido plata o animales con la amenaza de imponerles una multa si no obedecían. Por eso actualmente no quieren ni oír hablar del censo e incluso se han levantado en armas en noviembre último con motivo del último censo nacional. A la Misión Andina no la reciben en algunos anejos por el temor de que sean emisarios disfrazados del Gobierno que luego se aprovecharán de los datos que tomen para imponer nuevos gravámenes. Algunos empleados de la Sanidad, cuyo oficio es denunciar las chicherías que fabrican chicha tóxica, exigían gallinas, cuyes o huevos a cambio de no denunciarles; a veces recibían el soborno y encima les denunciaban. Estas experiencias tan amargas justifican al menos en parte la postura recelosa de la mayoría de los campesinos frente al blanco, sobre todo los de comunidades cerradas. "El blanco es enemigo del indio", es su razonamiento.

A veces, los mismos dueños o mayordomos no tienen escrúpulos en esparcir el rumor de que la Misión Andina viene a engañarles, a quitarles su religión. Como veremos, el indio es profundamente religioso y odia todo lo que suena a comunismo o protestantismo. En realidad, temen los dueños la elevación del indio porque luego sabrá reivindicar sus derechos pisoteados hasta aquí.

El campesino es pobre. Cultiva los terrenos altos, casi siempre sin agua. Los terrenos buenos, tierra baja, de llano, pertenecen a hacendados que viven en Riobamba o Quito. Levanta su habitación con adobes y caña: una choza sin ventanas, habitación única, donde convive con gallinas y cuyes. Suele tener algún otro animal, ovejas, cerdos, alguna cabeza de ganado mayor, pero no siempre. Su comida es sencilla, a base de maíz y cebada. Casi nunca como carne, a excepción de las grandes fiestas, donde suele gastar los ahorros del año. Su pobreza, desde luego, no es tan absoluta como la de los peones que van a la ciudad, sin trabajo, y en donde tienen que comprarlo todo. Más que nada es desaseo, falta de cultura e iniciativa para mejorar su existencia con los recursos que posee. El aspecto de su vivienda es desolador por la suciedad y el descuido.

RECIBIMIENTO

Con estos antecedentes se explica cómo nos recibieron. Fuimos a tres anejos o comunidades vecinas a Guaslán. En una de ellas, que ya recibe a Misión Andina, el recibimiento fue bueno. La comunidad se llama Corazón de Jesús y, como todas las demás un poco grandes —tendrá unos 300 moradores—, posee capilla propia, en donde el párroco celebra en las grandes solemnidades, dos o tres veces al año; los domingos y demás fiestas suelen oír Misa en la parroquia. Es interesante saber por qué recibieron a Misión Andina, y esto recientemente, pues hasta hace un año esta comunidad se resistía al ingreso de Misión Andina en su medio. El párroco anunció un día que las señoritas trabajadoras sociales, enviadas por Misión Andina, no iban sino a enseñarles catecismo. Y así lo hicieron. Poco a poco lograron conversar, entrar en las casas e irles instruyendo en las mejoras materiales que pretende Misión Andina. Pero el comienzo tuvo que ser un motivo religioso. Esto dice mucho en favor de la profunda religiosidad del indígena.

En un segundo anejo —Santa Bárbara— la acogida fue más fría. Apenas hablaban en las visitas que les hacíamos. Incluso nos contaron la historia de un padrecito que había venido dos años antes a exigirles gallinas y huevitos y luego se había ido. No sé qué fundamento tendría la historia. O si se trataba de un desaprensivo disfrazado. Luego nos enteramos que el anejo entero está dividido por un pleito de dos familias y se molestaba una cuando tratábamos con la otra. En Santa Bárbara el jefe nato era una mujer, y estaba en contra de Misión Andina porque le habían expropiado de un pedacito de terreno para construir los depósitos de agua para el Centro.

El tercer anejo fue el más difícil, el anejo de San Isidro. El jefe de la comunidad era el chichero; de ahí su interés en evitar la entrada de Misión Andina, lo que significaría la pérdida del negocio. Hace años pretendieron entrar y los indios hicieron un levantamiento y casi quemar el Centro. Desde entonces Misión Andina se mantuvo alejada hasta nuestra venida. Entramos nosotros tres o cuatro veces, pero también nos tocaron la campana. Cuando tocan la campana se reúnen en seguida los vecinos armados con palos y machetes para expulsar al intruso. Tal influjo tiene el chichero que logró persuadir a muchos para que no aceptaran una Misa que el P. Jahn Halligan, que nos acompañaba, quería decir en su capilla. Intervino el párroco de Punín, Dr. Moncayo, y les obligó a que nos abrieran la capilla. Echándoles en cara su falta de religiosidad —lo cual les duele muchísimo—, predicó en la Misa que dijo el P. Halligan, y depuso al chichero de su cargo de regidor. Muchas familias de San Isidro se alegraron; no estaban conformes con la tiranía del regidor. En todo este asunto intervinimos constantemente, hablando con los vecinos del anejo, con el regidor, etc. Creo que fuimos la causa de esta transformación, al menos aparente, de las circunstancias y, desde luego, de que Misión Andina haya entrado por el momento. Así lo reconocían el último día.

La religiosidad del indio es notable. Respetan extraordinariamente al sacerdote, pero no conciben siquiera que se quite la sotana. Un padrecito sin sotana no es un Padre. Quisimos un día ayudarles en la cosecha. No lo permitieron; no conciben que el sacerdote trabaje en oficios manuales; pierde su dignidad si lo hace. Todo el mundo pide la bendición, algunos de rodillas. Todo lo atribuyen a la Providencia. "Taita Dios no quiso que lloviera"; "Taita Dios nos ha dado buena cosecha". Claro está que tienen muchísimas supersticiones y una gran ignorancia, pero el fondo está bien arraigado en la fe. Bautizan a los niños al día de nacidos, casi no se conocen los matrimonios sólo civiles y el adulterio es rarísimo; es notable esta fidelidad que guardan en el matrimonio.

El pecado capital del indio es la borrachera. La chicha y el aguardiente se llevan las mejores energías del indio y les acortan la vida; el promedio de vida es de unos 40 años. Está tan arraigado este vicio que un párroco viejo decía que él sólo conocía un remedio: bautizar a los niños y matarles luego a la salida de la iglesia y no darles tiempo a ser adultos. Cada fiesta religiosa está acompañada de la gran borrachera y mucho más los acontecimientos familiares, como casamiento, bautizo o entierro. Desde chiquitos se acostumbran al sabor del alcohol. Las mujeres suelen dar a los

guaguas el dedo mojado en chicha para que se callen cuando lloran. Desde los 5 ó 6 años se acostumbran a tomar. Afirman que la chicha les da fuerza y sin ella no pueden trabajar. La realidad es que les excita por el momento, pero les mina la salud a la larga. Esto cuando se trata de chichas tóxicas como son las que venden los chicheros. Y lo curioso es que ellos lo saben, pero no quieren tomar chicha si no tiene "moñaco" (amoníaco). El actual Gobierno suprimió con mano dura las chicherías en la provincia del Tungurahua, pero se multiplican las chicherías de contrabando. El remedio es difícil y necesita mucho tiempo; hay que tener en cuenta que se trata de un vicio atávico que el indio lleva en la sangre desde hace siglos. Algunos párrocos suprimieron las fiestas religiosas, pero resultó contraproducente porque no iban a la Misa y seguían tomando. Otros formaron ligas antifalcohólicas, que sólo duran mientras el párroco urge.

CON LOS PERSONEROS DE M. ANDINA

Nos recibieron temerosos de que no nos acostumbrásemos al tren de vida del centro de Guaslán. En realidad, fue de lo más sencillo.

Yo creo que todos estábamos dispuestos a muchas más dificultades y privaciones de las que soportamos. Creían que no nos acostumbraríamos a la cama dura y literas, al régimen de comidas, etc. Se admiraron de vernos barrer, lavar la ropa, levantarnos temprano. Todos los días, a partir de la segunda semana, tuvimos Misa en el Centro, a la que asistían todas las muchachas campesinas que estaban allá haciendo un curso de auxiliares de enfermería. Teníamos Misas dialogadas con cantos o con explicación. En general, todo el mundo espera de los padrecitos un proceder francamente apostólico, y se extrañan si no obramos así. La directora del curso nos pidió clases sobre relaciones humanas y un filósofo (1) aprovechó para darles charlas abiertamente religiosas, que agradecieron luego mucho.

Los personeros de Misión Andina salieron encantados. Lo que más les impresiona es el trato sencillo y el afán de aprender que mostramos. Creen que los jesuitas son sábelotodo que van a dar lecciones. Uno de ellos, con quien estuvimos conversando una mañana entera, salió encantado porque habíamos sabido escucharle sin oponernos a las dos primeras frases que dijo, no del todo ortodoxas. Hicimos varias horas sociales, con cantos, chistes y disfraces. Acudían a esos actos, que eran después de cenar, los indios de las casas cercanas; muchos de ellos sólo pisan el Centro cuando hay fiestas semejantes.

En conjunto ha sido una experiencia nueva e interesantísima, que convendría repetir todos los años. Claro está que ninguno adquirió una mentalidad social que no poseía; pero se sintoniza más con el contacto personal, mucho más que con charlas de los Padres que vienen al Filosofado o con lecturas que ordinariamente no se hacen. El trato con las personas de fuera enseña mucho: ellos saben ver virtudes y cualidades que entre nosotros pasan desapercibidas: nos enseñan a sobreestimar una vocación y un estilo de vida que tal vez la rutina ha empañado un poquito.

(1) El H. Wissenbach.

MONSEÑOR MAC GRATH DESPIDE EN VIBRANTE ALOCUCION A LOS MARTIRES DE LA SOBERANIA PANAMEÑA

Ciudad de Panamá, Panamá (SOCL).—El viernes 10 de enero, Monseñor Marcos Mc Grath, de origen norteamericano y Vicario Capitular de Panamá Sede Vacante, despidió el cortejo fúnebre de los jóvenes que ofrendaron sus vidas por la dignidad nacional. El texto completo de la alocución dice:

"Un grupo de personas inconscientes de la Zona del Canal, atropellando claros derechos panameños y violando las órdenes de su propios gobernantes, han desatado un cataclismo de violencia, muertes y de heridos, enlutando a muchos hogares de la República. La Iglesia, como Madre que es, llora los sufrimientos de sus hijos y se adhiere al luto nacional declarado por el Excmo. Sr. Presidente de la República para el día de hoy, 11 de enero de 1964, ordenando a todos los Párrocos y Rectores de iglesias el doble de las campanas a las 12 del día y a las 6 de la tarde. Al mismo tiempo quiere acercarse a todos estos hogares entristecidos para darles con su condolencia una palabra de esperanza y de aliento.

En estos momentos recomendamos a todos los ciudadanos cordura y equilibrio. Recemos por nuestros muertos, recemos para que sus muertes sirvan positivamente a la Patria, recemos por nuestros líderes constitucionales como también por todas las autoridades implicadas en este conflicto. Corresponde al Gobierno de Panamá, amplia y evidentemente respaldado por la opinión pública, actuar por todos los caminos legales —nacionales e internacionales—. Rogamos a todos, en particular a los líderes cívicos y estudiantiles y a los moderadores de la opinión pública que coincidan en esta línea de actuación legal a que nos ha llamado el Excmo. Sr. Presidente de la República. La Iglesia nunca titubea en afirmar los derechos de los hombres y condenar a quienes abusan de ellos; pero debe ser claro para todos ahora que es ya demasiado el sacrificio que se ha hecho de la juventud panameña. En los momentos más duros y difíciles es cuando el patriotismo debe brillar por su fervor, cordura y serenidad. A todos los cristianos y hombres de buena voluntad, tanto de Panamá como de la Zona del Canal, hacemos un ferviente llamado, en el nombre de Dios, a la paz, a que reconozcan los errores cometidos, a que no se enluten más hogares ni se enciendan más odios.

"Oh, Dios Padre!, envía sobre nosotros tu espíritu en este momento crítico de nuestra historia para que sepamos, con dignidad y amor, lograr la paz y la justicia que has prometido a los hombres de buena voluntad."